

Enrique Castells Capurro es un artista genuino, que ha consagrado por entero su viva inspiración y sus aptitudes de creador fecundo y cálido a expresar el campo nuestro, captando con fidelidad, belleza y gracia, todas aquellas escenas típicas que mejor lo representan.

La encendida vocación que agujijonea y orienta su sensible espíritu, proyectándolo hacia los motivos de auténtico sabor tradicional, le viene desde atrás, como un legado de raza, que rebulléndole sin descanso en la sangre ha llegado a convertirse en una especie de imperativo vital, profundo e ineludible.

Ya su tío Carlos Castells había sabido interpretar con admirable justeza, algunas décadas antes, infinidad de aspectos de la vida y las costumbres criollas, en una serie de apuntes de original factura y gran vigor expresivo. Y él ahora, por su parte, aunque con recursos técnicos y estilos diferentes de los de aquel antecesor que la muerte arrebatara a destiempo –cuando recién su talento alcanzaba la plena madurez- ha ido a nutrir su inspiración en las mismas raíces de lo autóctono para continuar –y enriquecer con nuevos y jugosos aportes- aquella noble labor de creación artística, tan hondamente entrañada en nuestra tierra y su historia.

Muchas facetas interesantes ofrecen a los ojos del contemplador atento estos cuadros costumbristas de Enrique Castells Capurro. En primer término, corresponde destacar la sobriedad de líneas, la eficaz economía de cursos con que es capaz de componer sus escenas, sin que ese cabal sentido de la síntesis le reste elocuencia y fuerza. El lápiz certero y ágil del dibujante fija con precisión los rasgos esenciales y desdeña los superfluos, sin caer jamás en la tentación de recargar el cuadro con detalles meramente pintorescos, de añadirle accesorios, que a la postre acabarían por romper el equilibrio y la armonía del conjunto.

Otra de sus mayores virtudes es la fuerza dinámica, la energía briosa de que sabe imbuir a sus apuntes. Cuando dibuja caballos, sobre todo, resulta claramente perceptible –aun para la mirada menos avizora- esa sensación de movimiento, de vivacidad, de activo e incontenible impulso que se desprende de cada figura. Pero nada es estático, por lo demás, en las escenas que este artista nos brinda. Porque aunque los hombres y los animales aparezcan en actitud inmóvil, ha de haber siempre un camino alargándose hacia el lejano horizonte, o un arroyo fluyendo entre guijarros, para oponerse a esa quietud o para neutralizarla con su presencia dinámica, con su constante sentido de la marcha, que es para el gaucho el sentido de la vida.

El pasado y el presente de nuestro campo aparecen en la obra con una plenitud rotunda, animados de un vigor alegre y saludable, merced a la influencia de ese dinamismo que el artista jamás olvida de insuflar a sus imágenes.

A través de cada escena surge nítida y veraz la estampa física del paisano oriental, cuyo brío y prestancia reflejan el espíritu altivo, gallardo y varonil que en ella alienta. Y así nos es dado contemplarlo desde el ayer heroico hasta el hoy laborioso, constructivo y pacífico, siempre con una fuerza viva –ya potencial, ya actuante-, leal a su destino, consustanciada integralmente con su ámbito telúrico.

A medida que transcurra el tiempo, estas escenas nativas de Castells Capurro irán adquiriendo sin duda una mayor importancia, ya que ellas rescatarán del olvido, conservándola intacta a fin de que puedan apreciarla las generaciones futuras, la auténtica fisonomía de una época y de una forma de vida que pronto no será ya más que un recuerdo, dada la rapidez con que el progreso material transforma nuestra campaña y las costumbres de sus moradores.

Y entonces seguramente el nombre de este artista, como el de Blanes, como el de Figari, como el de Carlos Castells y como el de algunos otros que, con lenguaje plástico distinto pero idénticos propósitos, supieron interpretar y expresar nuestro hombre, nuestro paisaje y nuestras tradiciones, será recordado con gratitud y admiración por todos aquellos que amen de verdad a su tierra, y sean capaces de comprender que la veneración y el respeto por su pasado no impiden a los pueblos marchar hacia adelante, sino que, por el contrario, le sirven de incentivo para emprender la conquista de su porvenir.